

# Progreso, hermenéutica, distopía

Pablo R. Suanzes

Releer es, intelectualmente, una de las decisiones más complicadas posibles. A Pío Baroja le gustaba decir que cuando uno se hace viejo prefiere volver a lo ya conocido antes que intentar descubrir algo nuevo. Quizás sea una cuestión de morriña, de comodidad o de costumbres. Pero siempre me pareció una declaración mucho más sincera la de García Márquez, cuando confesaba que él nunca relee sus propios libros porque le da miedo.

Hay veces que uno no está preparado siquiera para leer por primera vez. Ocurre si se intenta lidiar con los 'Ensayos' de Montaigne, o 'El Quijote' o "El Paraíso perdido" demasiado pronto: no se entiende absolutamente nada, no se disfruta ni se guarda buen recuerdo. Por eso los intentos de aproximación a la literatura fracasan miserablemente en los colegios año tras año.

También ocurre lo contrario. Hay libros a los que tenemos que llegar cuanto antes, con urgencia, porque sin ellos lo que no se entiende bien es la vida. Pero hay otro tipo de textos, una tercera categoría que comprende especialmente novelas. Libros a los que irremediabilmente volvemos en algún momento de nuestra madurez y para cuya relectura no estamos listos. No porque al enfrentarnos a ellos de nuevo no superen la prueba de la calidad, sino por todo lo contrario. Porque nos descubren, con vergüenza y admiración a partes iguales, que todo lo que pensamos en su momento, las certezas sobre las que edificamos nuestra primera cosmovisión del mundo, se tambalea sin remedio. Que los fundamentos epistemológicos de nuestra existencia son de mantequilla.

Eso ocurre cuando un adulto del siglo XXI vuelve a Julio Verne. Es algo que hace casi con pereza, esperando reavivar la llama de la adolescencia del capitán de 15 años aunque consciente de que, casi siempre, lo que nos fascina de pequeños nos deja indiferentes de mayores. Pero cuando se empieza, y si se hace con atención, un lector entregado se da cuenta enseguida de que el visionario de Nantes, el gran autor de aventuras, el hombre que supo imaginar los grandes avances de la técnica, tenía mucho de Casandra.

De que el padre de los viajes en globo, transatlánticos o submarinos temía profundamente el mundo en el que las maravillas que entonces sólo unos pocos podían siquiera llegar a concebir serían parte de la vida cotidiana.

Y si esas novelas se leen en reposo, uno se da cuenta de algo incluso peor: que los habitantes del siglo XXI hemos perdido lo más importante de todo, lo que caracterizó al XIX, el siglo de la razón, las revoluciones industriales, la sociedad de masas, el progreso económico, los descubrimientos y las exploraciones, de las grandes proezas y epopeyas: la capacidad, las ganas y la voluntad de soñar.

Desde siempre ha habido grandes utopías. La de Moro es la más conocida, pero tan poco leída como las de Platón, San Agustín, Campanella, Bacon, Bellamy y tantos otros. Si cualquiera de ustedes hiciera el pequeño experimento que cada año ponía a sus alumnos una antigua profesora de Historia de las Ideas de la Complutense, descubriría que el 95% de los jóvenes a los que se les pidiera el diseño de una sociedad utópica acabarían plasmando algún tipo de variante 'buenista' del buen salvaje, del ideario socialista o comunista. Prístina o edulcorada, abierta o camuflada, pero colectivista al fin y al cabo. Un intento ingenuo de colaboración, autogestión, autarquía, propiedad común y autoridad dominante o benefactora. El otro 5%... bueno, en toda generación algún despistado conoce 'La rebelión del Atlas'.

En realidad es normal. Piénsenlo. Como ha argumentado en algún libro J. G. A Pocock, en el Occidente cristiano la idea de progreso choca inevitablemente con los fundamentos de la religión. Si en el origen estuvo el Paraíso y Adán y Eva lo perdieron, es totalmente absurdo concebir que para progresar haya que avanzar y huir hacia adelante. Et in Arcadia Ego. Así fue, hasta que la técnica sustituyó a la tradición y abrió nuevos horizontes laicos. Ya no hacía falta un Dios. Teníamos a la razón. Sobraba la fe porque teníamos máquinas y conocimiento y voluntad. No hacían falta las Escrituras, porque teníamos fórmulas, ecuaciones y combustibles.

Llegó el capital por un lado, y el Estado y sus profetas, cargados de promesas, planes y pesadillas, por el otro. Y llegó el siglo XX y con él, más que nunca antes, las distopías, un género mucho más interesante. De Orwell a Huxley. De Kafka a Zamyatin. De Bradbury a Verne.

De Julio Verne se elogian siempre sus libros de aventuras. ‘20.000 leguas de viaje submarino’, ‘La vuelta al mundo en 80 días’, ‘Viaje al centro de la tierra’, ‘Viaje a la Luna’, ‘Los hijos del capitán Grant’, ‘Miguel Strogoff’. Las que le hicieron popular, famoso, rico, recordado, infeliz.

De Verne se destaca también el éxito de sus “profecías”. Lo que fue capaz de anticipar, los inventos que logró imaginar, o en cierto modo deducir, antes que nadie. El helicóptero, el fax, Internet, los viajes espaciales.

A mí, en cambio, siempre me han maravillado dos cosas. El individualismo *randiano* de alguno de sus protagonistas y su fatalismo hermenéutico. Irónicamente, y para su pesar, de Verne se valora su aportación a la literatura en términos cuantitativos (ahora y entonces, basta recordar su relación con su despótico editor) olvidando quizás lo más interesante de su obra: la perpetua lucha interna entre el deseo de progreso y el pánico a que éste tuviera lugar.

La impotencia del que ve venir con esperanza y fe un futuro que sabe condenado.

En Verne coinciden dos personas. El soñador incansable que imagina el porvenir y el cascarrabias que desconfía abiertamente de la idea lineal de progreso. Frecuentemente se recurre a una de sus obras menos conocidas, ‘París en el siglo XX’, para poner de manifiesto su lado escéptico y ‘luddita’.

En ella, escrita hacia 1863 pero no publicada hasta 1994, guardada en armarios y cajas fuertes por sus editores y familiares para maquillar una visión pesimista que chocaba frontalmente con el superventas que hacía disfrutar a una generación entera, Verne describe la Francia de 1960 como una distopía mecanicista.

Un mundo en el que las humanidades son vistas como una pérdida de tiempo ridícula. En el que las librerías no han oído hablar nunca de Victor Hugo pero venden por millares tratados científicos y manuales de instrucciones.

Verne, sensible como el joven Michel Dufrénoy, protagonista del libro, “recurría a todos los adelantos de la mecánica y los adoptaba” en sus escritos, pero con cierta dosis de rechazo y desconfianza. Con el temor a un futuro dónde sólo prima lo efectivo, lo “económico”.

Una sociedad científicista en el que la sonrisa está proscrita por poco productiva y donde las únicas poesías valoradas son “‘Las armonías eléctricas’ de Martillac, las ‘Meditaciones sobre el oxígeno’ de M. de Pulfasse, ‘El paralelogramo poético’, las ‘Odas descarboxiladas’....”.

‘París en el siglo XX’ es su gran distopía. Una en la que “artista” es un insulto con el que abofetear los sueños de un joven. La ambición abstracta un “lamentable instinto” que mancha el expediente, un “germen a destruir”. “No quiero poetas en la familia, escúchelo bien! No quiero nada de esos individuos que escupen rimas al rostro de la gente; su familia es rica; no la comprometa usted”, le reprochan al protagonista.

El texto, breve, duro, trágico, es el legado de un pesimista camuflado de optimista que pone en boca de sus personajes su panóptica visión: “Sabes que los filántropos norteamericanos imaginaron hace un tiempo que se debería encerrar a los presos en unas cárceles redondas para que ni siquiera tuvieran la distracción de los ángulos. Bien, hijo mío, la sociedad actual es redonda como esas cárceles. También se aburre a todo trapo”.

Los personajes de Verne utilizan todos los instrumentos puestos a su disposición por la ingeniería más avanzada, pero la felicidad llega lejos de ellos. En los bosques, las selvas, las alturas o las profundidades. Aislados. Buscando antes que encontrando.

Desde hace siglos, el éxito se entiende como progreso tecnológico. Siempre hacia adelante. Construir es prosperar. El XIX fue el siglo de la razón, de la Ilustración. De la fe en la capacidad ilimitada de la razón para superar los obstáculos. El siglo del positivismo, de Comte y del *“L’amour pour principe et l’ordre pour base; le progrès pour but”*.

El siglo de la Economía pese a todo. Es cuando nace la idea de que, por primera vez en la historia, el ser humano cuenta con las herramientas necesarias para hacerse dueño de su destino. Las décadas que siguen a la Revolución Francesa son una reacción lenta pero constante contra el Malthus apocalíptico que cree que “nueve décimas partes de todo el género humano están condenadas a una abyecta miseria y un trabajo penoso” y que así será siempre.

La idea de que el hombre es hijo de sus circunstancias, “y de que esas circunstancias no son algo predeterminado, inmutable o inmune a la intervención humana, constituye” uno de los descubrimientos más radicales de todos los tiempos”, escribe Sylvia Nasar en la reciente y deliciosa “La gran búsqueda”.

Tan tarde como en 1842, en la Inglaterra que, pese a todo, era el faro de Occidente, la nación más rica y avanzada, un conservador como Carlyle escribía resignado que “Siendo imposible la vida a las multitudes (...) es evidente que la nación camina hacia el suicidio”. Y contra eso llega la economía moderna y uno de sus padres, Alfred Marshall, que explica sin rubor que la principal motivación de los grandes tratados modernos es “el deseo de poner a lo humanidad a las riendas de su destino”, rebelándose contra la idea de Dios y la naturaleza imperante.

La técnica es para los contemporáneos de Verne un “órganon”, el término griego que se usa como “herramienta”, pero también como el “motor de análisis” para llegar a una verdad dinámica, cambiante, controlable. Y aunque Verne simpatiza con la idea, desconfía del fondo.

Curiosamente, ‘París en el siglo XX’ está ambientada en 1960, el año en el que vio la luz ‘Verdad y método’, el gran texto de Hans Georg Gadamer y una de las obras de referencia de la hermenéutica contemporánea. Para el filósofo alemán, la racionalidad “Es una infección del progreso industrial, comercial-tecnológico. En los últimos tres siglos hemos incrementado nuestros conocimientos científicos. Pero el optimismo dogmático de la ciencia, el triunfo de las tecnologías han resuelto sólo parcialmente los problemas del vivir asociado, de la existencia humana en este planeta”.

El Verne de 'París en el siglo XX' es totalmente gadameriano, o viceversa. Repudia que "Las leyes inmanentes del desarrollo industrial, técnico, económico determinan cada vez más nuestros destinos" y cree que "la racionalidad nacida del iluminismo se demuestra insuficiente; es incapaz por ejemplo de responder a los misterios de la vida humana".

Los pocos artistas, poetas y músicos de la Francia del siglo XX no están prohibidos por la ley, sino proscritos por el desinterés. "La civilización ganó a la barbarie. Desgraciadamente, después se ha abusado un tanto de ella y ese demonio del progreso nos ha llevado hasta donde estamos", se lamenta Dufrénoy.

Nos ha llevado, en cierto modo, a nuestro propio siglo XXI, en el que a pesar de los ecos de Sagan hemos perdido ese espíritu descubridor, aventurero. Antes buscábamos el Polo Sur a pie, ahora nos conformamos con saltar desde un globo, pero con audiencias planetarias y bebidas que nos dan alas. No queremos talento, sino capacidades.

En '*Recuerdos de infancia*' Verne escribe "¡He visto nacer los fósforos, los cuellos duros, los manguitos, el papel de cartas, los sellos de correos[...], el sistema métrico, los barcos de vapor del Loira[...], los ferrocarriles, los tranvías, el gas, la electricidad, el telégrafo, el teléfono, el fonógrafo! Soy de la generación que nació entre dos genios: Stephenson y Edison".

¿Podemos decir lo mismo nosotros? Sostiene muy provocadoramente Tyler Cowen que no. Que la gran prosperidad de la sociedad opulenta es, en cierto modo, un espejismo. Que vivimos de las rentas. Que el mundo de 2013 es el de 'El gran estancamiento'.

Que nuestros bisabuelos crecieron en un mundo capaz de las guerras más salvajes y los odios más profundos. Pero que nacieron sin agua corriente y luz en casa y murieron con teléfonos y avión. Que en una generación el planeta cambió de arriba y abajo. Y que en cambio nosotros, desde hace cincuenta años, sólo hemos inventado algo realmente rompedor: internet.

Para Cowen, se nos ha acabado la 'low hanging fruit', los avances cómodos y fáciles, al alcance de la mano. Ya no tenemos grandes extensiones de tierra hacia las que movernos, ni mano de obra barata como antaño. Nuestros hijos están escolarizados y el acceso a la Universidad, masificado. Los atajos se han acabado y cuando el mar se retire veremos nuestras vergüenzas. Porque pensamos que la tecnología avanza imparable, pero en realidad, no es así. Nuestros teléfonos son más pequeños, más bonitos, más elegantes. Pero no dejan de ser teléfonos. Los aviones (sin el Concorde) son más lentos y los utensilios de una cocina cualquiera son poco más o menos los que existían en los años 60.

Los hemos relajado y eso se nota en el malestar, en los sueldos, en el bienestar. El ritmo de descubrimientos y patentes relevantes, las que cambian las vidas de millones de personas, se ha estancado. Porque nos hemos acomodado. Porque, parafraseando una escena de 'París en el siglo XX', aunque ya nadie lee, al menos todo el mundo sabe leer y escribir". Y eso nos vale.

"Qué habría dicho uno de nuestros antepasados al ver esos bulevares iluminados con un brillo comparable al del sol, esos miles de vehículos que circulaban sin hacer ruido por el sordo asfalto de las calles, esas tiendas ricas como palacios donde la luz se esparcía en blancas irradiaciones, esas vías de comunicación amplias como plazas, esas plazas vastas como llanuras, esos hoteles inmensos donde se alojaban 20.000 viajeros, esos viaductos tan ligeros; esas largas galerías elegantes, esos puentes que cruzaban de una calle a otra, y en fin, esos trenes refulgentes que parecían atravesar el aire a velocidad fantástica... Se habría

sorprendido mucho, sin duda; pero los hombres de 1960 ya no admiraban estas maravillas; las disfrutaban tranquilamente, sin por ello ser más felices, pues su talante apresurado, su marcha ansiosa, su ímpetu americano, ponían de manifiesto que el demonio del dinero los empujaba sin descanso y sin piedad”, escribe Verne con absoluta razón.

Pero no porque el dinero tenga la culpa de nada. No es por la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero que podemos contar con nuestra cena, sino por su propio interés. Verne acierta porque supo ver antes que nadie, antes de que ocurriera, que el tipo de sociedad que se estaba construyendo traía consigo el germen de su debilidad. Es amarga la ironía de que un francés del XIX viera inevitable el progreso, el avance, los descubrimientos y desconfiase de sus resultados y de que nosotros, más de un siglo después, nos hayamos lanzado ciegamente en brazos de los resultados pero hayamos abandonado la búsqueda y la pasión.

En una memorable escena de ‘20.000 leguas de viaje submarino, Aronnax descubre la biblioteca del Nautilus, una que por la cantidad y la calidad de sus obras “honraría a más de un palacio de los continentes” y en la que, no por casualidad, no había un solo volumen “de economía política, disciplina que al parecer estaba allí severamente proscrita”.

Nemo, taciturno, explica que son los únicos lazos que lo “ligan a la tierra” y que para él, el mundo se acabó el día en que el Nautilus se sumergió por vez primera bajo las aguas. “Aquel día compré mis últimos libros y mis últimos periódicos, y desde entonces quiero creer que la humanidad ha cesado de pensar y de escribir”.

En cierto modo ha sido así. “Nosotros le pedíamos al futuro coches voladores y nos hemos conformado con 140 caracteres”. Pensar, lo que se dice pensar, no lo hacemos mucho. El talento, como anticipó Verne, es hoy una enfermedad.

---

Publicado en el número 3 de papel de Jot Down, dedicado a a Julio Verne

@suanzes